

Palabra por palabra.-

p. 36.

Mudar de piel

1946.

Volver al silabario de los sentidos en estado puro pretende, Carmen Berenguer, con su nueva publicación: "Sayal de pieles" (Francisco Zegers Editor, 1993). Aunque ambicioso, este atrevido silabario babélico, se desentiende de las apariencias líricas, para inmiscuirnos en las propias entrañas poéticas, como si tal término no conllevara en sí un desacato a la norma y al hábito del (des)atento lector de poesía chileno.

Riesgo calculado para una voz transgresora que ya en su anterior libro: "A media asta" (1991), nos enfrentó a una opción rupturista, tanto con los temas tabús (políticas sexuales y economías de lenguaje nacional), como las formas desintegradoras de la métrica y la respiración tradicionales a que recurren bastantes poetas actuales. Ahora, la propuesta se torna radical, excluyente. Pues, insta a la intelección sensorial —apoyados en un conocimiento cabal de las últimas tendencias literarias— y ya no al simple disfrute de imágenes, sonoridades o juegos conceptuales sobre tópicos clichés como el amor, el tiempo y la muerte. Tan caros a la poesía de todos los tiempos.

Todo un cambio de piel para una poeta que casi nos había habituado a sus reclamos de amor/ odio, encarnados en la desprejuiciada loba de la tribu. "Sayal de pieles" aparentemente, se asemeja al interior soporte de su dicción —urbano torrencial— esa maginalia silábica tan suya. Pero acá, todo lo inunda en un aire de diccionario clínico que, sin mediar mayor esfuerzo escritural deseable, transcribe las actuales obsesiones cutáneas de la autora. Con una patológica lógica contemporánea nada escapa a su escritura. Tenemos así, al "sida", por fin, poetizado en Chile. Aunque, ojo, lectores hiper-críticos, si existe un centro entre tanta pellejería. Igual sacaremos roncha con nuestra crítica.

El libro se nos presenta dividido en cuatro secciones: Sudales, Piele(s), Sura(l) y Tatuaje/ Hija Natural/ Beren Guer/ Mala Piel. Las dos primeras indagan sobre los experimentos verbales del poeta neobarroco argentino: Néstor Perlongher, muerto recientemente de Sida, para instaurar un tono y una modalidad de fraseo melódicos que sensualizan la lectura, volviéndola oscura y cerrada a cualquier intento de comprensión lectora tradicional. Al parecer, este sentido "homenaje" —que también es un plagio— sólo en las siguientes secciones revelará completa autoridad de tales recursos.

A partir de Sura(l), percibimos una coherencia mayor que trasunta una búsqueda textual-orgánica dotada de interesantes matices conceptuales, que se dan al metaforizar el mapa —como interpretación visual— y el radar —como mecanismo exploratorio auditivo— generando un novedoso circuito cerrado de los sentidos: "Tiene que ver con un sular de cuerpos,/ no cuerpos, fantasmas quizás, quehacen ruido/ mucho sonar; corazón de cardúmenes/ yendo; ruido inconfundible/ irrepitable, suigéneris, oscuro, iluminado,/ tal vez un cementerio de luces..." (pág. 27).

Desde la página 32 comienzan a aparecer impresas sólo las caras internas, esto es, "el revés de la trama", la piel interna del poema, aquella superficie en contacto más íntimo con la materia de que está hecha la literatura femenina: la diferencia. Así, la fórmula del poema objetual se resuelve —reflexivamente— al contemplarse a sí misma en el momento mismo de aflorar las imágenes: "...si aquel blanco horadara negro piel/ o la negrura espesa/ el corazón tensara rojo piel blanca y por blanca/ virgínea/ verrugosa la oruga sedara el silencio de aquel vellocino..." (pág. 48). Carmen Berenguer muda su piel conocida por una más sensible al contagio: como aquella piel perecedera del poeta argentino que sólo buscaba la belleza, para hallarse, de pronto, con la muerte.

Marcelo Novoa